



JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es

# crear

## LOS NÚMEROS

Mi pasión por el lenguaje se extiende hasta las matemáticas, ese prodigioso idioma que nos permite hablar de números y de otros entes ideales. Ambos lenguajes –el natural y el matemático– tienen una estructura parecida, una semántica y una sintaxis. Leopold Kronecker hizo una afirmación que se ha hecho popular. “Dios creó los números naturales, los demás son obra del hombre”. Sospecho que todos son obra de la inteligencia humana, que ha inventado una brillante fauna matemática: hay

números reales, imaginarios, racionales, irracionales, trascendentes. Hay dos seres maravillosos, los números pi, que todos conocen, y el número e, que recordarán quienes hayan usado las tablas de logaritmos. Y sobre todos, la especie más fantástica de este gran desfile: los números transfinitos. George Cantor descubrió algo inverosímil: que había muchos tipos de infinito, y que unos podían ser mayores que otros. Sorprendente.

La creación matemática está cerca de la creación poética, porque ambas inventan idiomas nuevos. Y, posiblemente, la inquina contra las matemáticas es paralela a la inquina contra la poesía. “Inteligencia, dame el nombre exacto de las cosas”, pedía Juan Ramón Jiménez. “Era un poeta y odiaba lo impreciso”, escribió Rilke. Exactitud y precisión son atributos esenciales de la matemática y al parecer también de la poesía. Rafael Alberti dedicó un

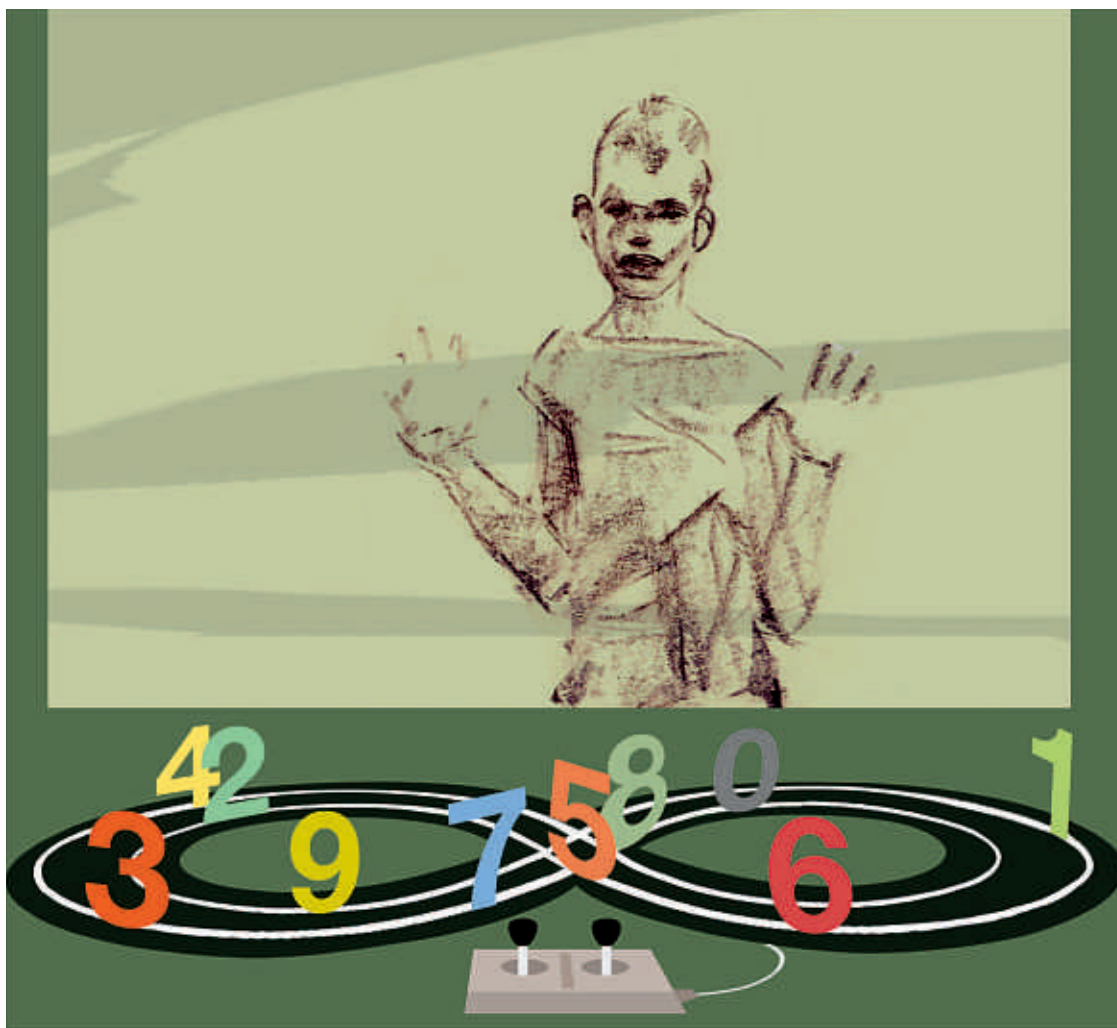
poema al ángel de los números. Paul Valéry, el gran poeta francés, afirmó que las tres grandes creaciones de la inteligencia eran la poesía, la matemática y el dibujo. ¿Por qué haría tan estrambótico emparejamiento?

Las matemáticas son un idioma perfecto, y esto me llena de desconcierto. Un idioma perfecto es el que no admite las ambigüedades, ni el poco más o menos, y que, además, permite sacar conclusiones verdaderas apoyándose sólo en él. En cambio, los lenguajes naturales, los cotidianos, los que nos sirven para vivir, son imperfectos, favorecen los malentendidos, manejan conceptos borrosos. Decimos que algo “es horroroso”, aunque no nos produzca horror. No nos importa pedir una mercancía “que no sea muy cara”, aunque esta expresión sea el colmo de la vaguedad. Y amamos “con locura”, aunque tal vez eso sea lo único cuerdo que hayamos hecho en la vida.

### EL IDIOMA DE LOS NÚMEROS ES PERFECTO; EN CAMBIO, USAMOS EL DE LAS PALABRAS, QUE NO LO ES, PARA EL AMOR

Esto plantea un problema que me desconcierta. Si la inteligencia humana es capaz de inventar lenguajes perfectos –como las matemáticas– ¿por qué para las cosas vitales, para la convivencia, el amor, la política, utilizamos un lenguaje riquísimo pero imperfecto? Hace años, al estudiar el léxico de las emociones, comprobé que no obedecía a una distribución exacta, sino que las palabras solapaban sus significados, intensificaban un aspecto en vez de otro, se movían en distinto plano de generalidad. Hay muy pocos sinónimos exactos. ¿Sabrían distinguir entre odio, rencor y resentimiento? ¿Y entre tristeza, melancolía, nostalgia, abatimiento, desolación, depresión, pesadumbre?

Necesitamos decir las cosas de muchas maneras, ansiamos captar los matices, los fulgores, los espejismos. Producimos continuamente significados emocionales, que nos gustaría nombrar. Hay en las cosas, como decía san Juan de la Cruz, un no sé qué, que queda balbuciendo. Y en ese vaivén incesante soñamos en las matemáticas como el insomne sueña con dormir. ■



Raúl